

hoy día, y que le hacen simpático á mis ojos. Ud. es laborioso, humilde, fiel observante de la ley de Dios, honrado á carta cabal y padre cariñoso como pocos. Vamos. ¡Me gusta Ud!. Desde que trabamos amistad con motivo de la fiesta del Carmen, cuando Ud. tocó el órgano en mi capilla, he comprendido que está Ud. fuera de su centro, y que hombre de educación tan esmerada, merece mejor suerte y el auxilio de todos los que piensan como yo. Conque ¿no tiene Ud. reparo en admitir lo que le propongo? ¿Acepta Ud.?

—Con el alma y la vida, Sr. D. Pedro.

—Pues vamos ahora á tratar del asunto mercantilmente. Ud. tendrá casa, comida y cincuenta pesos al mes. Por supuesto, vendrá Ud. con su hija. Mi esposa y mis dos hijas mayores quieren mucho á la niña, y tratarán á Ud. como á persona de la familia. Los deberes del preceptor son los siguientes: enseñar á mis dos chicos la aritmética, un poco de gramática, el francés y la teneduría de libros. ¿Convenidos?

—Sr. D. Pedro, Ud. me colma de favores. A duras penas logro conseguir en el pueblo la suma que Ud. me ofrece, y de ella salen el alquiler de la casa, el peso diario del gasto y el alumbrado, ¿cómo, pues, no admitir con regocijo, lo que Ud. me propone?

—Pues doblemos la hoja. La habitación de Ud. será la que ya conoce.....junto á la pieza del administrador. No es muy grande; consta de dos cuartos bastante amplios y bien ventilados. Además, Ud. tiene como suya toda la casa. Más que como empleado, como amigo. Conque ¿cuando puede Ud. instalarse?

—Mañana mismo, si Ud. quiere.

—No, mañana es domingo, y no está bien que se trabaje en la mudanza. Será el lunes.

Don Pedro se levantó de su sillón. Juan, confundido, se despidió, y así acabó, con regocijo de ambos, la entrevista.

## IV.

No pintaré la vida que llevaba Juan en la hacienda de la Cruz. Trabajaba de nueve á doce con los niños, comía con la familia, y en las tardes se iba de paseo ó á leer en el banco del jardín. Poco á poco le fueron tomando cariño todos los de la casa; mas sin que tales muestras de afecto le exvalentonaran ni le sacasen de quicio, como suele pasar á los que por soberbia creen merecerlo todo. Juan consideraba que era un pobre empleado de Don Pedro, y que, como tal, debía tratarle con respeto, lo mismo que á los demás de la familia. Y á la verdad que ni con linterna se hallarían personas más sencillas ni más buenas que la esposa y las hijas de Don Pedro. Ni una brizna de orgullo había en aquellas almas de incomparable mansedumbre. Juana, la hija mayor, era un poquito

cascarrabias. También era la que llevaba el peso de la casa y tenía que tratar con los criados. Pero sus impacencias y corajes eran siempre tan momentáneos como el relámpago. Enriqueta tenía mayor dulzura de carácter. Y en cuanto á la señora, caritativa, franca, inteligente, merecía ser tan feliz como lo era.

Juan agradecía á Don Pedro y su familia más que la distinción con que le trataban, el cariño que habían manifestado á Rosita.

Enriqueta particularmente, era la más tierna con la niña. Parecía una madre; pero una madre doblemente augusta: madre y virgen. Muchas veces, Juan intentó poner prudentemente coto á tales mimos, temeroso, tal vez con fundamento, de que la niña se mal acostumbrase y ensoberbeciera. Mas ¿qué padre no ve con alborozo la dicha de su hija? Lo que pasó fué que, gradualmente, aquellas solicitudes de Enriqueta, aquel tierno cuidado, despertaron en Juan un blando amor, escondido primero bajo el disfraz de la gratitud, pero después tan grande, tan profundo y tan violento, como oculto, callado y reprimido. El trato continuo, el diario roce de aquellas almas buenas y amorosas, daban pábulo á la pasión intensa del desgraciado preceptor. Pero Juan conocía perfectamente lo irrealizable que era su ideal. Estaba allí en humilde condición, acogido, es verdad, con mucho aprecio; mas distante de la mujer á quien amaba, como lo están los lagos de los soles. ¿Sabía, acaso, cuáles eran los propósitos de sus padres? Habíanla instruído y educado con esmero, no para compañera de un pobre hombre que nada podría darla, fuera del amor, sino para mujer de un hombre colocado en digna y superior categoría. Si la hablara de amor, sería como el hombre á quien hospedan por bondad en una casa, y aprovechando la ocasión más favorable, se roba alguna joya. No; Juan no lo haría seguramente. Corresponder de tal manera á los favores que Don Pedro le había hecho, hubiera sido falta de nobleza. Mil veces, sin embargo, el amor, que es gran sofista, le decía en voz muy baja: «¿Por qué no?»

## V

Bien comprendía Juan la imposibilidad de que su amor permaneciera oculto mucho tiempo; pero medroso y convencido de su propia desgracia, alejaba adrede el día de la inevitable confesión. A solas, en la obscuridad de su alcoba ó en el silencio del jardín, imaginaba fácil y hacedero lo que después le parecía imposible. Mas como siempre nos inclinamos á creer aquello que nos agrada, poco á poco, la idea de que sus sueños no eran de todo punto irrealizables, como al principio sospechó, fué ganando terreno en su entendimiento. Parecían favorecer esta transformación moral, las continuas solicitudes de Enriqueta, cada vez más tierna y bondadosa

con Rosita y más amable con el pobre Juan. Este interpretaba tales muestras de cariño como prendas de amor, y hasta llegó á creer —¡tan fácil es dar oído á la presuntuosa vanidad!— que Enriqueta le amaba y que tarde ó temprano realizaría sus ilusiones. ¿Con qué contaba Juan para subir á ese cielo entrevisto en sus alucinaciones y sus éxtasis? Con el gran cómplice de los enamorados y soñadores: con lo inesperado.

Lo peor para Juan era el trato íntimo que tenía con Enriqueta. Vivía en su atmósfera y sentía su amor sin poseerlo, como se embriagan los bodegueros con el olor del vino que no beben. Cada día Juan encontraba un nuevo encanto en la mujer amada. Era como si asistiese al tocador de su alma y viera caer uno á uno todos los velos que la cubrieran. Además, nada hay tan invenciblemente seductor como una mujer hermosa en el abandono de la vida íntima. Juan miraba á Enriqueta cuando salía de la alcoba, con las mejillas calientes aún por el largo contacto de la almohada. Y la veía también con el cabello suelto ó recostada en las rodillas de la madre. Y cada actitud, cada movimiento, cada ademán, le descubrían nuevas bellezas. E igual era el crecimiento de su admiración en cuanto atañe á la hermosura moral de Enriqueta. Todas esas virtudes que buscan la obscuridad para brillar y que nunca adivinan los profanos; todos esos atractivos irresistibles que la mujer oculta, avara, á los extraños y de que sólo goza la familia, aumentaban la estimación de Juan y su cariño. Tenían, además, aquellas dos vidas un punto de coincidencia: Rosita. Enriqueta prodigaba á la niña todas las ternezas y cuidados de una madre joven; de una madre que fuera á la vez como la hermana mayor de su hija. Cierta vez la niña enfermó. Fué necesario llamar á un doctor de México, cuyo viaje fué costeado por Don Pedro. Enriqueta no abandonó un solo momento á la enfermita.

La veló varias noches, y al ver á Juan desfallecido de dolor, le decía cariñosa:

—No desespere usted, La salvaremos. Ya le he rogado á nuestra madre de la Luz que *nos* la deje. Venga usted á rezar conmigo la novena.

La niña sanó; pero el mísero Juan había empeorado. Precisamente el día en que el médico la dió de alta, Juan fué al comedor de la hacienda. Habían servido ya la sopa cuando Don Pedro dijo en alta voz:

—Hoy es un día doblemente fausto. Rosita entra en plena convalecencia y llega Carlos á la hacienda.

Luego, inclinándose al oído de Juan, agregó:

—Amigo mío, para usted no tenemos secretos porque es ya de la familia: Carlos es el novio de Enriqueta.

## VI

Cómo! Enriqueta tenía novio! He aquí que lo inesperado, ese gran cómplice en quien Juan confiaba, se volvía en contra suya. Y cuando!... .. Cuándo después de aquella enfermedad de la niña, durante la cual Enriqueta había dividido con él las zozobras y los cuidados, era más viva y más intensa su pasión.

Juan creyó morirse de congoja y al volver á su pieza y ver á su hija que le tendía los escuálidos bracitos, exclamó como en aquellos instantes supremos que siguieron al abandono de su esposa: —¡Ay, pobre hija, ya no tienes madre!— Con efecto, ¿no era Enriqueta la madre de Rosita? Pues también le iba á dejar huérfana, como la otra, á irse con un hombre á quien Juan no conocía aún, pero que odiaba. ¿Quién era aquel Carlos? Probablemente un rico..... los pobres ponen siempre en defecto á los que odian. ¡Buen mozo! Juan no lo era y comprendía instintivamente que el triunfo de su rival era debido á las cualidades de que él carecía. Inteligente..... No, inteligente no—murmuró Juan.

Poco á poco, la luz se fué haciendo en el cerebro del desgraciado preceptor. Y comenzó á explicarse claramente cuántos ademanes, acciones y palabras de Enriqueta interpretó favorablemente á su pasión. Era aquello un deshielo de ilusiones. El sol calentaba con sus rayos la estatua de nieve, y la figura deshacíase. Juan decía para sí:

«Qué necio fuí! Yo tenía un tesoro de miradas, sonrisas y palabras; ésto es, diamantes, perlas, y oro. Y ahora un extranjero viene á mí, se acerca y me dice con tono imperioso:— Devuélveme cuanto posees. Nada de eso es tuyo. Todo es mío. ¿Recuerdas el rubor que tiñó su rostro, cuando, delante de tí, le preguntaron si amaba á alguien? Tu imaginaste que ese rubor era la sombra de tu alma, y no era más que el calor de la mía. Una tarde la hallaste sola en el jardín y echó á correr para que no la vieras. — Me huye, porque sabe mi cariño—dijiste para tus adentros—¡Pobre loco! Te esquivaba para ocultar la carta que yo le escribí y que ella leerá con los labios. Y esas miradas húmedas de amor que clavaba en tu rostro algunas noches iban dirigidas á mí. Hasta al acariciar la cabecita de tu hija, pensaba en los niños que tendríamos, y por lo tanto, en mí también. Cuantos recuerdos tienes son robados. Devuélveme tus joyas una á una.»

Y cada vez se iba quedando más pobre y más desnudo. Hasta que al fin sus piernas flaquearon y cayó desfallecido en el suelo.

Juan no murió de pena porque la muerte no se apiada nunca de los infelices. En la noche de aquel terrible día llegó Carlos á la hacienda; Juan no quiso bajar al comedor, pero desde su pieza, sentado á la cabecera de la cama en donde dormía su hija convaleciente, escuchaba el ruido de los platos y las alegres risas de los comen-

sales. ¿Cómo sería Carlos? La curiosidad impulsaba á Juan á salir callandito é ir á espiar por el agujero de la llave. Pero la repugnancia que el novio de Enriqueta le inspiraba y el caimiento de su ánimo, le detuvieron. A poco rato cesó el ruido, Juan oyó los pasos del recién llegado que atravesaba el patio tarareando una mazurca; la conversación de los criados que limpiaban la vajilla en la cocina y luego..... pisadas de mujer que se acercaban. Entonces recordó. Enriqueta tenía costumbre de ir todas las noches y antes de acostarse á ver á su enfermita y curarla bien. ¡Iba á entrar á la alcoba! Juan no tuvo tiempo más que para ocultar la cabeza entre sus brazos, tendido en la cama y fingir que dormía. ¿Para qué verla? Sobre todo el llanto puede sofocarse mientras no se habla; pero las palabras abren, al salir, la cárcel de las lágrimas, y éstas se escapan.

Enriqueta entró de puntillas, y, viendo á Juan con extrañeza titubeó algunos momentos antes de acercarse á la cama. Por fin se aproximó. Con mucho tiento y procurando hacer el menor ruido posible, cubrió bien á la niña con sus colchas. Después se inclinó para besar en las mejillas y en la frente á su enfermita. Juan oyó el ruido de los besos y sintió la punta de los senos de Enriqueta rozando uno de sus brazos. Tenía los ojos apretadamente cerrados y se mordía los labios. Cuando el ruido de las pisadas de Enriqueta se fué perdiendo poco á poco en el sonoro pasadizo, Juan se soltó á llorar.

## VII

¿Para qué referir uno á uno sus padecimientos? Tres meses después de aquella noche horrible, Enriqueta se casaba en la capilla de la hacienda. Y—¡cosa extraña!—Juan, que no había tocado el órgano en mucho tiempo, iba á tocarlo durante la ceremonia religiosa. La víspera de aquel día solemne, D. Pedro dijo al infortunado preceptor:

—Mañana, amigo mío, es día de fiesta para la familia. Carlos es buen muchacho y hará la felicidad de Enriqueta. A no ser por esta consideración, le aseguro á Ud. que estaríamos muy tristes... Ya Ud. lo vé..... ¡Enriqueta es la alegría de la casa y se nos vá! Pero hay que renunciar al egoísmo y ver por la ventura de los nuestros. Estas separaciones son necesarias en la vida. Yo quiero que la boda sea solemne. Verá Ud. amigo mío, verá Ud. qué canastilla de boda le ha preparado á la muchacha su mamá. Ya pierdo la cabeza y me aturdo con tantos preparativos. Casamos á Enriqueta en la capilla, para ahorrarnos los compromisos que habríamos tenido en México; pero fué necesario, sin embargo, invitar á los parientes más cercanos y á los amigos íntimos. Y ya habrá Ud. notado el barullo de la casa. No hay un rincón vacío. Pero á todo esto, olvidaba decir á Ud. lo más urgente. Quiero, amigo D. Juan, que

mañana nos toque Ud. el órgano. Ya sé que hace Ud. maravillas. El órgano de la capilla es malejo; pero he mandado que lo afinen. Conque ¿puedo confiar en su bondad?

Juan aceptó. Había pensado no pasar el día en la casa; irse con cualquier pretexto al pueblo, al monte, á un lugar en que estuviera solo. Pero fué necesario que apurase el cáliz. ¡Convenido! Iba á tocar el órgano en el matrimonio de su amada. ¡Qué amarga ironía!

Pasó la víspera encerrado en su cuarto. ¡Qué día aquél! Al pasar por una de las salas para ir al escritorio de D. Pedro, que le mandó llamar, Juan vió sobre la mesa la canastilla de boda de Enriqueta. Casualmente, la mamá estaba cerca y quiso enseñar á Juan los primores que guardaba aquella delicada cesta de filigrana. Y Juan vió todo: los pañuelos de finísima batista, el collar de perlas, los encajes de Bruselas, las camisas transparentes y bordadas, que parecían tejidas por los ángeles.

Por fin amaneció el día de la boda; Juan, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, fué á la capilla, aun obscura y silenciosa. Ayudó á encender los cirios y á arreglar las bancas. Después, concluída la tarea, se subió al coro; Rosita le acompañó. La pobre niña estaba triste. Enriqueta la había olvidado por un novio y por los preparativos de su matrimonio. Además, con esa perspicacia de las niñas que han sufrido, Rosita adivinaba que su padre sufría.

Desde el coro podía mirarse la capilla de un extremo á otro. Poco á poco se fué llenando de invitados. Por la ventana que daba al patio, se veía la doble hilera de los peones de la hacienda formadas en compactos batallones. A las siete, los novios acompañados de los padrinos, entraron á la capilla. ¡Qué hermosa estaba Enriqueta! Parecía un ángel vestido de sus propias alas. Se arrodillaron en las gradas del altar; salió el señor cura de la sacristía, precedido de la dorada cruz y los ciriales, llenó el presbiterio la aromática nube del incienso y comenzó la ceremonia. Juan tocó primero una marcha de triunfo. Habríase dicho que las notas salían de los angostos tubos del órgano, á caballo, tocando las trompetas y moviendo cadenciosamente las banderas. Era una armonía solemne, casi guerrera, un arco de triunfo hecho con sonidos, bajo el cual pasaban los arrogantes desposados. De cuando en cuando, una melodía tímida y quejumbrosa, se deslizaba como un hilo negro en aquella tela de notas áureas. Parecía la voz de un esclavo, uncido al carro del vencedor. En esa melodía fugitiva y doliente se revelaba la aflicción de Juan, semejante á un enorme depósito de agua del que sólo se escapa un ténue chorro. Después, las ondas armoniosas se encresparon, como el bíblico lago de Tiberiades. El tema principal saltaba en la superficie temblorosa, como la barca de los pescados.

res sacudida por el oleaje. A veces una ola lo cubría y durante breves instantes quedaba sepultado é invisible. Pero luego, venciendo la tormenta, aparecía de nuevo airoso, joven y gallardo, como un guerrero que penetra, espada en mano; por entre los escuadrones enemigos, y sale chorreando sangre, pero vivo.

Aquel extraño acompañamiento era una improvisación, Juan, tocaba traduciendo sus dolores; era el único autor de esa armonía semejante á una fuga de espíritus en pena, encarcelados antes en los tubos. Al salir disparados con violencia, por los cañones de metal, las notas se retorcián y se quejaban. En ese instante, el sacerdote de cabello cano unía las manos blancas de los novios.

Después la tempestad se serenó. Cristo apareció de pie sobre las olas del furioso lago, cuyas movibles ondas se aquietaron. Una tristeza inmensa, una melancolía infinita sucedió á la tormenta. Y entonces la melodía se fué suavizando: era un mar, pero un mar tranquilo, un mar de lágrimas. Sobre esa tersa superficie, flotaba el alma dolorida de Juan. El pobre músico pensaba en sus ilusiones muertas, en sus locos sueños y lloraba muy quedo, como el niño que, temeroso de que lo reprendan, oculta su cabecita en un rincón. En la ternura melódica se unían los sollozos, las canciones monótonas de los esclavos y el tristísimo son del «alabado.» Veía con la imaginación á Enriqueta, tal como estaba la primera noche que él pasó en la hacienda, allí, en esa misma capilla, hoy tan resplandeciente y adornada. La veía rezando el rosario, envuelta por un rebozo azul obscuro. Bien se acordaba: cuando todos salieron paso á paso, Enriqueta, que era la última en levantarse, se acercó al cuadro de la Virgen de la Luz, colgado en uno de los muros y tocó con sus labios las sonrosadas plantas de la imagen. ¡Cuánto la había querido el pobre Juan! ¡Se acabó! ¿A qué vivir? Allí está la lujosa y elegante al lado de su novio que sonreía de felicidad. Y cada vez la melodía era más triste. En el momento de la elevación, las campanas sonaron y se oyó el gorjear de muchos pájaros asomados en las ojivas. Era el paje á quien obligan á cantar y que, resuelto, tira el laúd, diciendo: «¡ya no quiero!» Mas, á poco, la música, azotada por la mano colérica del amo, volvió sonar más melancólica que antes. Hasta que al fin, cuando la misa concluía, las notas conjuradas y rabiosas, estallaron de nuevo en una inmensa explosión de cólera. Y en medio de esa confusión, en el tumulto de aquel escape de armonías mutiladas y notas heridas, se oyó un grito. El aire continuó vibrando por breves momentos. Parecía un gigante que refunfuñaba. Y luego, el coro quedó silencioso, mudo el órgano, y en vez de melodías ó himnos triunfales, se oyeron los sollozos de una niña.

Era Rosita que lloraba sin consuelo abrazada al cadáver de su padre.

## DAME DE CŒUR.

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme, la pobrecita de cabellos rubios, á quien yo quise durante una semana..... ¡todo un siglo!..... y se casó con otro.

Muchas veces, cuando, cansado y aburrido del bullicio, escojo para mis paseos vespertinos las calles pintorescas del Panteón, encuentro la delicada urna de mármol en que reposa la que nunca volverá. Ayer me sorprendió la noche en esos sitios. Comenzaba á llover y un aire helado movía las flores del Camposanto. Buscando á toda prisa la salida, dí con la tumba de la muertecita. Detúveme un instante, y al mirar las losas humedecidas por la lluvia, dije con profundísima tristeza:

—¡Pobrecita! ¡Qué frío tendrá en el mármol de su lecho!

Rosa-Thé era, en efecto, tan friolenta como una criolla de la Habana. ¡Cuántas veces me apresuré á echar sobre sus hombros blancos y desnudos, á la salida de algún baile, la capota de pieles! ¡Cuántas veces la ví en un rincón del canapé, escondiendo los brazos, entumecida, bajar los pliegues de un abrigo de lana! ¡Y ahora, allí está, bajo la lápida de mármol que la lluvia moja sin cesar! ¡Pobrecita!

Cuando Rosa-Thé se casó, creyeron sus padres que iba á ser muy dichosa. Yo nunca lo creí, pero reservaba mis opiniones, temeroso de que lo achacaran al despecho. La verdad es que cuando Rosa-Thé se casó, yo había dejado de quererla, por lo menos con la viveza de los primeros días. Sin embargo, nunca nos hace mucha gracia el casamiento de una antigua novia. Es como si nos sacaran una muela.

Sobre todo, lo que aumentaba mi disgusto, era el convencimiento profundo de que iba á ser desgraciada. Me ponía como furia al escuchar las profecías risueñas de su familia. ¡Cómo! ¿Qué iba á ser Pedro un buen marido? Pero, ¿no saben estas gentes—decía yo para mí—que Pedro juega? Atribuyen á la funesta ociosidad